

tais como el cincel nos presenta la estatua de Polifemo, con un solo ojo, porque no quereis ver las cosas mas que del lado que os conviene. Ofreceis á nuestra admiracion el reinado de Pericles: ¿pero por qué no decís que consecuencia del lujo que en él estendió su fulgor pasagero, fué una guerra desastrosa y una horrible epidemia de que el mismo Pericles fué víctima, despues de haber visto miserable y hambrienta una poblacion tan rica, amontonados é insepultos los cadáveres de sus habitantes, y espirar á su vista á su misma familia entre la desesperacion y las privaciones? ¿Por qué no decís que los Griegos vencedores en todas partes mientras el sentimiento de la patria anidaba en sus corazones magnánimos, vieron irse debilitando y arruinarse por completo su poder desde que dieron entrada á la corrupcion y al lujo que procuraban propagar los sátrapas Medos, ocupados en ganar con el oro y con las voluptuosidades á los que no habian podido subyugar con la espada? Presentais el ejemplo de Roma: pero ¿por qué no decís que á la muerte de César todo su esplendor no era mas que un vestido ricamente bordado para ocultar las llagas y las heridas que brotaban sangre de aquel cuerpo colosal y casi invencible? ¿Por qué no decís que mientras los poderosos no se contentaban con poseer magníficas casas; mientras Lúculo decia que como las golondrinas cambiaba de cielo segun las estaciones teniendo para cada una de ellas soberbios palacios; mientras las casas de campo se habian convertido en mansiones de delicias bien diferentes de los modestos albergues de Cincinato, de Régulo y de Catón el viejo; mientras en las comidas suntuosas se llegaba á pagar 10,000 sextercios por un solo plato; mientras Marco Antonio escribia el elogio de la embriaguez, y mientras los ricos se entregaban loca-

mente á todos los placeres de la sensualidad y de la crápula, el pueblo estaba miserable y envilecido, las costumbres se pervirtieron, las suegras se entregaban á sus yernos y envenenaban á sus hijas, la hermana de Clodio gozaba de las caricias de su propio hermano, la muger de Pompeyo perdía todo pudor, y hasta Tulliola, hija de Ciceron, suscitaba sospechas de mantener criminal comercio con su padre? ¿Es este el brillo que quereis para nuestra patria? ¿Son estos los bienes que nos reserva vuestra política de goces y de disipacion insultante?

Nos hablais tambien de otros pueblos modernos: mas no pensais que en ellos el trabajo y el venturoso fruto de una administracion acertada, ha precedido á la grandeza que hoy se admira; que el gobierno ha desarrollado todos los medios de riqueza, la ha engendrado y estendido antes de que las costumbres se impregnasen del fausto y la esplendidez: tomais el efecto por la causa, y creeis que el lujo dá la vida, cuando solo es el síntoma ó la consecuencia de una precedente fermentacion y virilidad. Aun así no es difícil presentir las tristes realidades que no pocas veces oculta una corteza tan brillante y seductora.

Para interesar á la humanidad, ó mas bien para deslumbrarla, se dice que algunos de los edificios levantados con tanto dispendio y profusion, sirven á objetos filantrópicos, dando abrigo, ocupacion y alimento á los pobres que inundaban las calles, ensordeciéndolas con sus demandas lastimeras. ¿Pero cuál es la realidad de esa caridad tan decantada? De tal modo el genio del desacierto preside á todas vuestras obras, que hasta el bien lo haceis mal, convirtiendo lo que deberia ser un remedio, en un verdadero martirio. Habeis proporcionado



un asilo á la indigencia; pero es un asilo forzado, un asilo que guarece al cuerpo destrozando al corazon; un asilo que resisten los mismos á quienes se brinda, prueba de que no está de acuerdo con los sentimientos de su amor y de su ternura; un asilo que pone un pedazo de pan en la mano del pobre, pero que le separa de su familia á quien quita á la vez los pocos recursos que pudiera agenciarse la miseria con su plegaria dolorida. Desde que vuestra compasion funesta ha establecido esas prisiones con el nombre de establecimientos benéficos, se ve á los desvalidos que se os llegan al paso, y que recatándose como si cometieran un delito, os piden con un misterio que ofende, el socorro que quieren con la libertad, y que aborrecen en el cautiverio. Obran así porque saben que si se les ve pedir son conducidos inmediatamente á ese lugar de consuelo que ellos miran como un castigo. ¿Os estraña su conducta? Tambien el pájaro busca el grano perdido en la soledad de los campos, y no lo quiere en la jaula por dorada que sea. ¿Qué es esto? ¿Se prohíbe quejarse al que sufre, pedir al que necesita, y alargar la mano al que cuenta con la caridad de las almas sensibles? ¿Es la pobreza un crimen que se debe ocultar, ó es mas bien, que los que tienen y disfrutan no quieren ver el cuadro de las miserias ajenas, ni presenciar las lágrimas ni oír la voz lastimera del indigente? ¿No basta que éste carezca de todo, sino que tambien la sociedad se ha de interponer entre él y su favorecedor para que el lamento del desgraciado no resuene en el torbellino del mundo, ni se mezcle con las voces de alegría que salen de las bocas hartas y satisfechas? Pero me direis: “Esos miserables quieren tener en el ócio lo que se les dá en el trabajo; desean gozar en la vagancia lo que miran asegurado en

la reclusion.” Mas por ventura, ¿cuando los trasladais á ella les haceis acompañar de sus mugeres y de sus hijos en quienes hallan cuidados y consuelos que no pueden esperar de vuestra conmiseracion fria y reglamentaria? ¿Ven en esa morada sombría el hogar en que mecian á sus hijos, el techo que les abrigaba en su desventura, los amigos que les consolaban en su desgracia, ni el lecho en que solian adormecer sus pesares? ¿Y sus mismas familias no quedan en el mayor desamparo? ¿Qué suerte les espera, quién cuidará de su vida abandonada, quién tomará por ellas el interés que solo siente un padre por miserable que se encuentre, porque bajo los harapos de la indigencia puede palpitar de ternura el corazon, acaso mas bien que bajo los ostentosos vestidos del rico, y bajo las placas y condecoraciones de los potentados? He aquí por qué se huye de un beneficio que en realidad es un tormento; he aquí por qué se maldice una caridad que presentada bajo otras formas atraeria sobre sí mil bendiciones. ¿Por qué no dispensais socorros domiciliarios á los imposibilitados y enfermos para que puedan disfrutar de vuestro auxilio al lado de sus familias, y gozando de sus cuidados y esmeros que nadie puede reemplazar? ¿Por qué á esos otros brazos útiles por su juventud, pero que están en la inaccion, no los empleais en abrir canales, en construir caminos, y en acometer otras empresas de utilidad comun, dignas por ello de ocupar la atencion de un gobierno previsor y activo? Entonces no solo no clamariamos contra vuestros gastos, sino que os estimulariamos á que los aumentáseis; porque el empleo de los capitales seria de una utilidad inmediata y reproductiva, estenderia la riqueza, mejoraria todas las condiciones sociales, y llevaria hasta la cabaña del pobre los medios de sub-



sistencia de que se ve privado por la esterilidad y el egoismo de vuestro sistema. Pero levantamos contra vosotros nuestra voz, porque no son de este género vuestros proyectos. Placeres frívolos de un instante comprados á costa de grandes sumas; brillo aparente que oculta una realidad desconsoladora; soberbios espectáculos que distraen la atención, el corazón y el alma de otros objetos mas grandes é importantes; disipación que pervierte las costumbres y ahoga á todo sentimiento elevado y noble; tales son los objetos de vuestra preferencia consagrados en favor de unos pocos y que aumentan en vez de remediar la miseria pública. No esperéis que entonemos himnos de alabanza á vuestros actos mientras sus ventajas no salgan del estrecho círculo de vuestros amigos, haciéndose sentir en provecho de todo el país; porque el país todo nos ha enviado á este sitio; al país todo representamos; el país todo nos contempla; el país todo tiene derecho á nuestra defensa, y el país todo nos pedirá cuenta algun día del uso que hayamos hecho de sus poderes y confianza. No esperéis, repito, que transijamos jamas con vuestras parcialidades y exclusivismo; porque si para vosotros no hay mas que arbitrariedad y afecciones, nosotros solo conocemos una razón, una justicia y una patria.

Tal es, señores, el verdadero retrato de los actos del poder, y tal la cumplida respuesta que debe darse á sus ingeniosos discursos. No basta echar mano del sofisma para sostener el error, ni dirigirse á las crédulas pasiones tan fáciles de interesar: lo que se necesita es tener razón, y la nación sabe que el ministerio no la tiene en esta contienda: sabe que para él no hay leyes, porque todas las viola, ni principios porque todos los conculca, ni pueblos, porque los desatiende y desprecia, ni derechos,

porque cada día los ultraja, ni intereses sociales, porque á ellos se ha reemplazado el interés de partido y el insaciable anhelo de propio engrandecimiento. Sabe que los diputados no se eligen, sino que se imponen; que la seguridad personal no es un principio social, sino un favor que los hombres dispensan en tanto que así les place; que el derecho de petición no existe ni aun como mera gracia; que la imprenta es tan esclava como lo son los ciudadanos; que en vano es alegar méritos si no se cuenta con el favor; y que en medio de tantas calamidades y de tanto luto, solo brillan en este funeral las antorchas de los favorecidos, triste emblema de la pira de los antiguos destinada á alumbrar el suplicio, y á consumir después los despojos de las víctimas.

Si en este estado tan violento y repugnante hay una demostración que anuncie el disgusto ó que revele el odio que engendran en el pueblo tantos abusos, se hace venir á la fuerza en defensa de la injusticia, se asesina en vez de juzgar, y se alzan los cadalsos para imponer á la vez terror y silencio, porque los muertos no hablan, y el sepulcro no vuelve su presa. Que se nieguen si hay valor para ello estas verdades; y si en el fondo del corazón se siente el peso de su evidencia, que enmudezca el labio de nuestros adversarios, y que inclinen su cabeza oprimida con los recuerdos que no pueden menos de llevar al corazón los mas atroces remordimientos.

Y cuando tal es la marcha y el estado de las cosas, todavía se ultraja al pueblo suponiéndole dispuesto á los trastornos y al crimen, para fabricar sobre hipótesis soñadas, pinturas sangrientas de calamidades y de horrores. Se suponen para ello designios que no existen, conatos que jamas tendrán lugar, revoluciones que son imposibles siempre que los gobiernos no las provocan



con su arbitrariedad: escesos por último increíbles en un país que aun en la embriaguez de sus triunfos se ha hecho notable por su generosidad y por su clemencia. Se pinta con los colores mas recargados el combate á viva fuerza de las opiniones que se disputan al campo, y se hace oír el ruido de las armas, y se hace ver la sangre que mancha las calles y el aposento del ciudadano pacífico, y se hace presenciar el alarido de los que pelean, y el grito de dolor y de indignacion de la vírgen profanada, y del padre y de la madre que pierden en esta lucha fratricida el apoyo y el consuelo de sus dias cansados y solitarios. Pero esto no es mas que llamar al miedo en auxilio de la opresion, para que las almas tímidas y sobradamente crédulas prefieran la terrible agonía que sufren á una muerte que se les presenta como inevitable: no es mas que trazar con la imaginacion un campo del que se hacen salir fantasmas con centellantes miradas y con ensangrentadas manos. Yo tambien opondré á mi vez pintura á pintura y cuadro á cuadro; pero con la diferencia de que no hablaré del porvenir, sino de la actualidad; no vaticinaré lo futuro sino que describiré lo presente; no vagaré por las ilimitadas regiones de la fantasía, sino que me encerraré en nuestra situacion tan lamentable como positiva.

Yo veo, diré, un poder fatalmente ciego como otro Edipo que recorre á largos pasos el camino del mal, y que seca y mata cuanto encuentra en su funesta carrera: veo cubiertas las estatuas de la ley con un denso velo, como se cubren en ciertas épocas las imágenes de los templos: veo retraida y humillada la probidad y la virtud, en tanto que hacen alarde de su impudor la corrupcion y la bajeza: veo que han desaparecido los principios, y que en su lugar han quedado mentidas palabras

en que nadie cree, una religion política sin creencias, una divinidad sin culto verdadero, un culto falso sin santuario inviolable, y un santuario profanado sin puros y santos sacerdotes. Veo las teorías salvadoras de la libertad escarnecidas á cada paso, y que en su lugar se levanta una arbitrariedad hipócrita que no se atreve á llevar su propio nombre, y que se disfraza con el del principio sacrificado, como el vencedor se engalana con las insignias y las armas del enemigo á quien dió muerte en la batalla. Veo una dinastía de hombres que aspiran á trasmitirse el poder cual si fueran reyes, para que la nacion gima eternamente bajo el peso de su saña y de su omnipotencia: veo una brillante corte hija del favor, de la lisonja ó de las decepciones que le rodea feliz y opulenta, y que en tanto la nacion entera calla y padece, y llora, y se ve agotada en sus recursos como en su paciencia, y cuenta los instantes que pasan por las injusticias que sufre, y solo puede aguardar del cielo el remedio á tantos males, porque se la ha amarrado fuertemente haciendo de su escudo la lanza de agresion, y de sus representantes y sostenedores los aliados de sus enemigos. Veo suplicios donde debia haber coronas, coronas donde debia haber suplicios, riqueza y lujo donde debia haber oscuridad, importancia donde no se ve mas que pequeñez, en todas partes invertido el órden, y en todas ellas oigo el suspiro incesante de un pueblo engañado en sus sacrificios, burlado en sus esperanzas, ultrajado y vendido en sus derechos y aspiraciones. Ahora bien, legisladores; yo os ruego que no atendais á las palabras, y que consulteis solo los hechos. Leed en la historia de nuestros dias; registrad los anales de vuestra memoria; preguntad á vuestra conciencia, y decidme si hay mentira ó exageracion en el boceto que acabo de bosquejaros.



Para entregaros á ese exámen exentos de interés y de pasion, cerrad ante todo los ojos para no ver el brillo fascinador del poder, y juzgad á sus hombres como los juzgaríais si apareciesen á vuestra vista sin nada que pudiera engendrar una promesa ó inspirar un temor. Juzgadlos con la severidad con que juzgaríais al ser desvalido y oscuro que cayera bajo la mano de los tribunales, ó con el rigor inflexible que tendríais con vosotros mismos en el santuario de vuestro corazon, si contra vosotros elevara la voz del remordimiento.

No podeis decir que ignorais tantos desafueros, porque esto seria una falsedad escandalosa contra la cual dejaria oír un grito unánime de condenacion y de desprecio la conciencia pública. No podeis alegar que las circunstancias los escusan, porque la libertad y la justicia son de todos los paises, de todos los tiempos y de todas las circunstancias, y vosotros sabeis ademas como yo que esto no seria mas que un pretesto. No podeis decir que temeis las contingencias de una mudanza, porque si la prudencia aconseja gran tino en procurarla cuando la situacion es buena ó por lo menos aceptable, nada se puede aventurar cuando la actualidad es horrible y desesperada. No podeis pretestar que temeis las agitaciones, porque los pueblos son como el enfermo, que solo se muestra inquieto y varia de posicion continuamente, cuando la fuerza del mal le oprime y dá esa anhelante inquietud. Testigos y acaso víctimas como todos, sois de ese sistema funesto que burla los destinos de una nacion grande y generosa, hoy convertida solo en un desierto ó en una mazmorra. ¿Direis todavía, cediendo á los temores que se os han sabido inspirar, que temeis á una revolucion? Pensad que hay gobiernos que por sí mismos son una revolucion permanente y tal vez peor

que todas ellas, porque la espada que se esgrime con el escudo de la autoridad y en nombre de la ley alcanza á donde no llega el acero de los Sicarios, hiere lo que aquellos respetan, y condena hasta la memoria de las víctimas que en los trastornos políticos se salva y recomienda á una posteridad vengadora. Esa posteridad nos aguarda para juzgarnos, é inútil seria engañar ú oprimir á la opinion que hoy se agita y mueve en torno nuestro, si la opinion de mañana, de una generacion imparcial que ha de venir á apoderarse de nuestros actos, escribe la palabra *maldicion* al lado de nuestros nombres. Ahora decidid.

